

Congregación de Misioneros
Hijos del
Inmaculado Corazon de María

APARTADO 1002

Panamá 17 de Noviembre de 1930

Sr. D. Carlos Sudrez, Laterre,

Bogotá.

Muy señor mío y de toda mi consideración:

Le escribo la presente con los ojos humedecidos por la gran pena que siento en el alma y al mismo tiempo por el consuelo que inunda mi corazón.

La pérdida del amigo fiel y sincero y amadísimo de mi alma me une más estrechamente al dolor de toda su distinguida y apreciable familia y me lo hace sentir honda y profunda como si a ella perteneciese.

El haberle acompañado desde su llegada a esta y seguido constantemente en el dolor y en la paciencia de su grave enfermedad y el haberle asistido en la hora postrera y recibido su último aliento, me ha causado indefinible consuelo; porque puede testificarles que su muerte ha sido la del justo y la del sante.

Antes de entrar en el hospital, se acercó a la sacristia de la Catedral para conversar intimamente conmigo y pedirme luego confesión. Algo presentia cuando así preparó su alma con tan buena confesión y con la comunión que recibió al siguiente día.

En su última hora no le faltó ningún auxilio de nuestra santa Religión. Recibió la extremaunción de manos de un Padre Salesiano y en seguida me coloqué a su lado para no dejarlo hasta después de morir. Le sugerí frecuentes jaculatorias, le di varias veces la absolución, le apliqué las indulgencias de los escapularios y la bendición apostólica con la indulgencia plenaria en la hora de la muerte y, *favor* singular de Dios Nuestro Señor, *apesar* de haber estado inconsciente horas antes, al llegar un *se*vidor y preguntarle si conocia al Padre Antonio... me respondió que si y que le diese la absolución. Falleció tranquila y dulcemente. Victor me suplicó encarecidamente que al día siguiente comenzase las misas gregorianas, como le he hecho esta mañana, estando presentes los dos amados hijos, que desconsolados por la hermandad del buen padre y con el tierno recuerdo de que han cumplido su deber hasta el último momento, partirán hacia Bogotá ^a abrazar a los suyos y llorar con ellos

tan irreparable pérdida.

Recordemos que las aguas amargas y saladas de la mar, cuando suben al cielo se tornan dulces. Así nuestras amarguras cuando se las ofrecemos a Nuestro Señor y a la Virgen de las Angustias, por medio de nuestras oraciones. Con el mayor gusto acompañaría a Victor y a Luis hasta Bogotá, pero somos hijos de obediencia y no puede abandonar mi puesto.

Cuenten con las oraciones de toda la Comunidad y en especial de su afmo. s. s. y amigo capellán.

Quedó Anglés
L. M. J.

